

AMOR ES... UNIDAD Filipenses 2:1-4

Pocos grupos de animales marinos están tan estrechamente ligados entre sí como lo están los delfines. Ellos viven en manadas con una gran unidad donde, al parecer, la vida social representa una necesidad imperiosa. Quien haya estado en el agua junto a un grupo de delfines salvajes habrá notado que siempre se están tocando y rozando como si necesitaran sentir el contacto cercano de sus congéneres.

El célebre biólogo marino Cousteau, relata en sus libros, que los especímenes aislados parecen ser individuos anormales o que se separaron accidentalmente de su tribu, y que la separación social ocasiona la muerte de los solitarios. Pero, lo más sorprendente es que la muerte no es causada por una deficiencia física (como podría ser no conseguir alimento) ya que un delfín es capaz de bastarse a sí mismo, sino que se debe a estrés o a causas emocionales ya que las autopsias reflejan que literalmente se dejaron morir.

Entre las variadas actividades cooperativas que desarrollan a diario, la más sorprendente es la ayuda a compañeros en apuros. Cuando un delfín está enfermo o herido y no puede respirar por sí mismo es asistido por dos compañeros de la manada que, colocándose debajo de él lo llevan hacia la superficie donde logra respirar.

Muchos autores aseguran que este es un trabajo muy duro para los dos socorristas que tienen que levantar el cuerpo de la víctima sobre todo teniendo en cuenta que mientras el herido respira ellos no pueden hacerlo. Este tan duro esfuerzo, aseguran, que sólo puede llevarse adelante por el hecho de que los miembros de la manada van rotando en esta función.

Personalmente, dice el autor de este artículo, no creo que la rotación de los delfines socorristas se deba al cansancio ya que si aplicamos el Principio de Arquímedes descubriremos que un delfín adulto tiene un peso, en el agua, que no supera los 2 kg. lo que no representaría un gran esfuerzo para los auxiliadores, así como tampoco sería un problema el corto tiempo sin respirar para un animal que puede estar varios minutos sin hacerlo. Más bien creo que la rotación de los delfines auxiliadores se debe a un contacto social más que a un descanso. Tal vez todos los delfines de la manada sientan una necesidad social de participar en el auxilio de un compañero.

Esta actitud de solidaridad suele ser transmitida a los seres humanos. Son cientos los relatos de personas en problemas en el mar que fueron asistidas por delfines

salvajes. Es fácil que animales tan inteligentes se hayan dado cuenta de que los humanos requerimos respirar aire de la superficie al igual que ellos. Tal vez, es por eso que cuando los buzos nos acercamos con nuestros tanques a un grupo de delfines salvajes se los note muy excitados y hasta asustados. Para ellos, largar tantas burbujas bajo el agua es sinónimo de problemas. En tanto, un buzo con un esnórkel será siempre bienvenido, como un compañero de juegos, como un componente de la misma manada.

Los Delfines nos enseñan una gran lección. Necesitamos estar cerca de otros para tenderles la mano. No vivamos más aislados. Dios nos hizo para estar cerca y para vivir plenamente en grupo.

El amor es la más grande de las virtudes que el ser humano puede experimentar. Pablo le dijo a la iglesia en Corinto: *“Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”* (1Co. 13:13). Y es que, llegará el día en que los cristianos no necesitemos más de la fe y de la esperanza cuando estemos en la presencia de Dios, pero el amor jamás vamos a dejar de experimentarlo, es decir, jamás vamos a dejar de sentirlo y de entregarlo por toda la eternidad.

Qué importante es el amor en la vida del creyente; ya sabemos que es lo que nos caracteriza como cristianos. El Señor Jesús dijo: *“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”* (Jn. 13:35). Y mire, esto lo está diciendo Alguien que dentro de pocas horas más pasaría por el más cruel de los tormentos hasta entregar su vida para rescate de quien ponga su vida, su fe, en Él. Con esto, el Señor nos enseña que, no importa las circunstancias difíciles que vivamos, debemos siempre mostrar amor por los demás.

El año pasado prediqué que amor es darse, que amor es mostrar misericordia, que amor es servicio. Hoy voy a predicar que amor es mantener la unidad. Esto es aplicable hacia el interior de la iglesia, pero también es aplicable en cualquier clase de relación: de pareja, de familia, de amistades, de trabajo, etc.

Cuando el amor de Cristo está verdaderamente en uno es posible hacerlo, cuando no, entonces tendrán mayor relevancia los sentimientos de rencor o enojo, odio, resentimiento, venganza, frustración y amargura. Cuando el amor de Cristo no está en una persona, entonces el amor que ésta dé dependerá de su estado de ánimo o de sus propias fuerzas; y por

supuesto, amará según su propio criterio y de manera selectiva, es decir, a este sí, a este otro no. Su amor dependerá de la misma medida en que siente que recibe amor, es decir, si le aman entonces ama, si no, no, lo cual sería totalmente contrario a lo que nos enseñó el Señor Jesús (Mt. 5:38-48).

Cuando leemos la Carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses siempre debemos de tomar en cuenta que la está escribiendo desde su arresto en Roma. Allí también escribió la Carta a los Efesios, a los Colosenses y a Filemón. Pablo está sufriendo en la prisión, pero él está más preocupado por lo que pueda estar pasando en la iglesia en esos momentos, que lo que le pueda pasar a él.

Lo que está pasando es que la iglesia en Filipos estaba preocupada, triste, desanimada y hasta atemorizada porque Pablo estaba en prisión. Pablo los anima para que sigan adelante juntos. A pesar de que Pablo está pasando por una situación muy difícil porque pudiera hasta ser condenado a muerte, este siervo escribe una Carta que es llamada “La Carta del gozo”, porque en tan solo 4 capítulos, emplea la palabra *gozo*, *regocijaos*, y otras similares 16 veces; esto es más veces que en cualquier otro Libro del Nuevo Testamento.

“Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (vv.1-2).

Pablo no está pensando en su salida de la cárcel; eso no lo tiene tan preocupado como lo que está pasando en la iglesia. Pablo está pensando en los demás y por eso les llama a mantener la unidad entre ellos movidos por el amor; porque el amor une, y cuando hay unidad por una causa buena, es más probable alcanzar las metas. Así entonces, esa unidad se manifestará en seguir trabajando mucho por la causa del Señor Jesucristo a pesar de las difíciles circunstancias que están viviendo.

Pablo escribe porque sabe que cuando no los mueve el amor, cada uno tendrá sus propios intereses y terminarán desanimándose unos a otros. El resultado de esto será una tremenda división y, con ello, la desaparición del ministerio; ministerio que Pablo había plantado por la voluntad de Dios y la dirección del Espíritu Santo. Pablo nos enseña que, no importa cuán difícil sea la situación que uno vive, el amor siempre

busca la unidad, porque siempre busca el bienestar de los demás. La Palabra de Dios nos enseña que el amor es acción, que el amor mueve. En pocas palabras, el amor los mueve a vivir como Cristo para reflejarlo a Él.

Los cinco “sí” que menciona Pablo en este pasaje, no expresan una duda. La palabra también se puede traducir como “ya que”, o “por cuanto”; en otras palabras, Pablo está afirmando que estas virtudes se dan en la vida de un creyente. Pablo da por hecho que ellos las tienen. Esto es, que el creyente es animado por Cristo y ese ánimo lo lleva a animar a otros, tiene una profunda relación con Dios, y eso lo lleva a tener un amor profundo y misericordia para con los demás.

Entonces, por cuanto estas virtudes se dan en ellos, Pablo los anima a estar en unidad en esos momentos que vivían. Esta unidad es movida por el amor. El amor es lo que hace que funcionen todos los ministerios dentro de la iglesia (1Co. 13); el amor nos mantiene ocupados, trabajando en el bienestar de los demás, aunque yo no esté pasándola bien ahora; el amor hace que podamos servir dentro de la iglesia para que sigamos fortaleciéndonos en la fe y para que el Nombre de Cristo sea predicado. El amor une y fortalece; el odio, el rencor, el resentimiento, la indiferencia, la frustración y la amargura, dividen y destruyen.

Si Pablo está llamando a hacerlo es porque muy probablemente no se estaba dando entre ellos, o por lo menos entre algunos de ellos. A ellos les llama a mostrar el amor y el gozo de Dios y a los demás a mantenerse firmes y no dejarse influenciar, sino más bien, que hagan la diferencia. El amor hace la diferencia. De verdad, cuán lamentable espectáculo se da cuando los creyentes se atacan unos a otros, porque de esta forma su crecimiento espiritual se estanca y su pésimo testimonio puede ser piedra de tropiezo para los demás, tanto creyentes como no creyentes en Cristo.

Para Pablo, el verlos, o por lo menos el saber que están unidos por el amor, firmes y avanzando en la obra, es lo más importante y lo que llena su corazón de gozo. Ese amor resultará en que todos tengan el mismo sentir, es decir, la misma actitud, la misma pasión y la misma disposición para trabajar, porque todos tienen el mismo amor por Cristo, por los hermanos y por la obra. Estos dos versículos nos enseñan que el amor produce la unidad de la iglesia y que cuando hay unidad hay disposición y propósito porque todos estamos de acuerdo. También nos enseñan que no

pueden estar separados el amor por Dios, por los hermanos y por la obra del Señor; cualquiera que piense lo contrario no ha conocido lo que significa el amor de Dios.

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (vv.2-4).

No puede conseguirse la unidad si no hay humildad entre los hermanos. La arrogancia y el orgullo son dos enemigos de la humildad porque llevan a la gente a creerse más que los demás dañando la unidad de la iglesia; los sentimientos de amargura y resentimiento contaminan a la iglesia. Qué difícil puede ser ver a los demás como iguales si el amor de Cristo no está en nosotros, o si no dejamos actuar ese amor del Señor en nosotros. Pero cuando el amor de Cristo está en nosotros y dejamos actuar ese amor, empezamos a buscar el bienestar de todos, empezamos a buscarnos los unos a los otros para animarnos.

La humildad es importante porque nos enseña a ver y valorar que tenemos fallas que afectan a otros y que tenemos que corregir, pero al mismo tiempo, nos enseña a encontrar y valorar virtudes que tienen los otros y que no habíamos apreciado; virtudes de las cuales nosotros mismos tendríamos que aprender e imitar. La humildad también nos enseña a perdonar y a buscar el perdón, a no creernos más que los demás, a no tomar provecho de quien está vulnerable, débil o sensible. La humildad nos enseña a reconocer que dependemos de Dios y que todo lo que tenemos y somos es gracias a Él; y nos enseña a despojarnos de nuestros propios criterios para tomar el criterio de Dios.

Yo sé que es muy difícil acercarse a alguien que solo manifiesta amargura en sus palabras y en sus hechos, pero aquí es donde se prueba el amor. El amor debe ser más grande que todo lo demás. El Apóstol Pedro dice que el amor cubre multitud de pecados (1P. 4:8); es decir, cubre multitud de fallas, de errores. Después de todo, el segundo de los más grandes mandamientos de la Ley de Dios, dice el Señor Jesús, es amar al prójimo como a uno mismo (Mt. 19:19 / Jn. 13:34). Y Pablo dice que ese amor debería manifestarse mayormente en la familia de la fe (Gál. 6:10). El amor nos hace permanecer humildes cuando somos ofendidos para no responder de igual manera. No es que nos tengamos que dejar que nos agredan y nos insulten, pero el amor nos hace no responder de la misma manera. El amor hace la diferencia en el creyente.

Conclusión.

El amor ha sido y será siempre tanto la raíz como el fruto de la vida cristiana. El Señor Jesús lo vivió, lo enseñó y hasta lo ordenó como un mandamiento. El amor no es opcional entre los creyentes; es el reflejo de cómo amamos al Señor. El amor busca siempre el bienestar de los demás; pero no solo lo desea, sino que trabaja para lograrlo. Las situaciones difíciles no deben ser excusa para no mostrar amor; al contrario, como le sucedía al Apóstol Pablo, el mostrar el amor de Dios a los demás hace que nuestras tribulaciones se sientan más ligeras, hace que nuestras vidas se llenen de gozo y paz en medio de la tormenta. Para Pablo, no era tanto la situación de cárcel que vivía él en Roma lo que le producía dolor; era que los hermanos se estuvieran desanimando y separando y que algunos hasta se estuvieran aprovechando de la situación para sobresalir y sacar provecho para ellos mismos. Eso sí que le dolía a Pablo y por eso escribió esta Carta.

En el mes del amor, el llamado no es únicamente para celebrarlo con regalos, cenas y fiestas (que no tiene nada de malo hacerlo); pero es para hacer una reflexión para saber si estoy amando según mi propio criterio de lo que significa amar, o según el criterio de Dios en su Palabra; para saber si amamos como Dios quiere que amemos o amamos como nosotros queremos; si lo doy para todos o para unos cuantos. ¿Qué estoy haciendo yo para mantener la unidad en la iglesia, en el matrimonio, en la familia, etc.? Recuerde, la unidad comienza por mí, por usted. El amor mueve, el amor es acción, el amor trabaja.

Definitivamente, si nosotros amamos a la manera de Dios, se va a producir una gran unidad en cualquier clase de relación que tengamos: matrimonial, familiar, de amistad, en el trabajo y, por supuesto, en la iglesia. Si amamos a la manera de Dios buscaremos el bien de los demás de la misma manera en que buscamos el de uno propio, no nos limitaremos a pesar de las situaciones difíciles que vivamos, aprenderemos el valor de la humildad y del perdón y nos fortaleceremos espiritualmente cada día más.

La unidad permite que el Espíritu Santo trabaje. Por eso, qué importante es estar unidos en alma, pensamiento y propósito en cada relación en la que nos desenvolvemos. Hoy usamos la palabra amor casi para cualquier cosa y por eso es que se va perdiendo su verdadero sentido, el sentido de Dios, poco a poco. Como creyentes, no solo no

debemos permitirlo sino que tenemos que rescatarlo para mostrarlo a todo el mundo. Hoy el Señor nos enseña a través de su siervo Pablo, que el amor produce unidad, porque si bien es cierto que el amor trabaja hacia nuestro interior, también trabaja hacia el exterior y es cuando mostramos a los demás que el amor de Cristo está con nosotros. Eso podrá provocar que otros quieran sentir como vivimos los creyentes, que quieran sentir como sentimos los creyentes y se unan a la causa del Evangelio.

Y, por cuanto en nosotros está el ánimo de Cristo; por cuanto ese ánimo nos lleva a animar a otros cuando la están pasando mal; por cuanto tenemos una profunda relación con el Espíritu Santo que nos guía y nos fortalece, entonces podremos mostrar un profundo amor a los demás buscando siempre el bienestar de todos. El resultado será la unidad; unidad en el matrimonio, en la familia, en las amistades, en el trabajo y, por supuesto, en la iglesia.

Feliz mes del amor. Amén... Vamos a orar...